

50º aniversario de la FSSPX Los inicios de la Fraternidad

En noviembre de este año 2020 celebraremos los 50 años de la fundación de la Fraternidad Sacerdotal San Pío X, erigida canónicamente por Monseñor Charrière el 1 de noviembre de 1970. Por esta razón, queremos rememorar esta fundación en algunas Hojitas de Fe, comenzando por la presente, en que dejamos que su fundador, Monseñor Marcel Lefebvre, nos cuente los inicios de esta obra de Iglesia.

La Santísima Virgen se apareció en la montaña de La Salette y dirigió un mensaje «a los apóstoles de los últimos tiempos», que es todo un programa de vida espiritual. Meditémoslo, pues, aplicándolo de manera particular a los sacerdotes de la Fraternidad, que se esfuerzan por responder prácticamente a este mensaje de Nuestra Señora.

Ella dirige su mensaje enseguida después de afirmar que «Roma perderá la fe y se convertirá en la sede del anticristo»:

«Dirijo un llamado urgente a la tierra: llamo a los verdaderos discípulos del Dios vivo y que reina en los cielos; llamo a los verdaderos imitadores de Cristo hecho hombre, el único y verdadero Salvador de los hombres; llamo a mis hijos, a mis verdaderos devotos, a los que han vivido de mi espíritu, a quienes se han entregado a Mí para que los conduzca a mi divino Hijo, a los cuales llevo en mis brazos; llamo, finalmente, a los apóstoles de los últimos tiempos, a los fieles discípulos de Jesucristo, que han vivido en un gran desprecio del mundo y de sí mismos, en la pobreza y en la humildad, en el desprecio y en el silencio, en la oración y en la mortificación, en la castidad y en la unión con Dios, en el sufrimiento y el desconocimiento del mundo. Ya es tiempo de que salgáis e iluminéis la tierra. Id y mostraos como mis hijos queridos; Yo estoy con vosotros y en vosotros, a condición de que vuestra fe sea la luz que os ilumine en estos días de calamidad. Que vuestro celo os haga hambrientos de la gloria y el honor de Jesucristo. Combatid, hijos de la luz, pequeño rebaño que todavía ve; pues llega el tiempo de los tiempos, el fin de los fines. La Iglesia será eclipsada, el mundo estará en la consternación».

¿Podemos establecer un lazo entre la Fraternidad y los apóstoles de los últimos tiempos? No sé si vosotros os contáis entre los últimos sacerdotes que ha de haber en el transcurso de los últimos tiempos; pero no se puede negar que al menos sois una generación totalmente peculiar. Vuestro sacerdocio nace en circunstancias

excepcionales y extraordinarias. La Santísima Virgen creyó deber decir, al comenzar y al acabar su mensaje a los sacerdotes, que Roma perdería la fe, que la Iglesia sería eclipsada; y eso es justamente lo que vivimos hoy. Roma pierde la fe, y la Iglesia parece estar eclipsada de veras. Uno se pregunta a veces: ¿Qué queda aún de la Iglesia? Pues la pérdida de la fe en Roma se extiende por doquier en todo el mundo, en todos los obispos. ¿Qué obispos conservan todavía una fe íntegra?

Por este motivo me gustaría hablaros de la Fraternidad, y ver de qué manera la Fraternidad puede realizar esta generación de los apóstoles de los últimos tiempos, tal como los describe la Santísima Virgen.

¿Qué hacer, en las circunstancias actuales, para ser esos sacerdotes de fe, que deben llevar hoy esa luz al mundo? Es evidente que esa luz no puede existir sin la santidad de los sacerdotes, sin una legión de sacerdotes santos. Eso es lo que la Fraternidad está llamada a realizar. Esta Fraternidad no la inventé yo, sino que se formó en circunstancias totalmente particulares.

1º Los comienzos de la Fraternidad.

Algunos seminaristas buscaban la verdad, y sintieron necesidad de aislarse de ese medio postconciliar en que corrían el riesgo de perder la fe y la identidad de su sacerdocio. Para salir de ese ambiente, trataron de encontrar un obispo que hiciera algo por ellos. Vinieron así a verme en 1967-1968, mientras yo era todavía Superior General de los Padres del Espíritu Santo. En ese momento yo no podía hacer nada por ellos, porque nuestra Congregación sufría los mismos problemas. Por mucho que yo tratara de hacer, la corriente era tal, apoyada por el Concilio y por todo su espíritu de reforma y de novedades, que sentíamos cómo nuestra Congregación naufragaba y partía a la deriva. Traté de reformar el Seminario francés de Roma, que dependía de la Congregación de los Padres del Espíritu Santo; cambié los superiores, cambié los profesores, pero la corriente de laicización, de profanación del sacerdote, lo arrastraba todo, respaldada por el Concilio. Por eso, sólo pude hacer algo por los seminaristas que venían a verme cuando di mi dimisión como Superior General. Al principio pensé en Friburgo, y después, a fines del año 1969-1970, en fundar la Fraternidad, que fue reconocida por Monseñor Charrière el 1 de noviembre de ese mismo año.

Este fue el punto de partida; pero eso no bastaba. Había que hacer algo que valiera la pena. Era inútil comenzar una Fraternidad en circunstancias catastróficas para la Iglesia, si teníamos que dejarnos llevar, al cabo de cinco o seis años, por la corriente que está llevando a la Iglesia a su ruina. Por eso había que encontrar un marco adecuado para dar a los primeros seminaristas una formación sólida, y eso no era fácil. Yo podía reunir a los seminaristas, darles un reglamento valedero y asegurarles una formación espiritual, pero no podía asegurar todas las clases. Los envié entonces a la Universidad de Friburgo, que por ese tiempo (1969-1970) tenía aún clases bastante correctas. Pero eso no duró mucho: la Universidad de Friburgo cambiaba como las demás. ¿Qué hacer entonces? La

gracia de Dios nos ayudó y nos dio los medios para fundar el seminario de Ecône. Las pruebas no faltaron desde el comienzo de la fundación. Hubo dificultades con algunos profesores, con algunos directores y con algunos seminaristas: unos nos dejaban porque no estábamos suficientemente en la corriente moderna y corríamos el riesgo de hacer cisma, otros porque no estábamos bastante contra la corriente moderna y corríamos el riesgo de hacernos liberales.

2º Formación sacerdotal basada en la Tradición.

Ved cuán necesario e indispensable es permanecer en la línea de la Tradición para no equivocarse, para adoptar la verdadera postura. Hay que mirar hacia atrás, y fijarse en lo que hicieron quienes nos precedieron en la misión de formar santos sacerdotes. ¿Qué dijeron los Concilios y los Sínodos diocesanos de antaño, en vistas a la formación de santos sacerdotes? En esos Sínodos se ve cómo ha de ser un seminario en la práctica, en todos sus detalles. Ya no son sólo las grandes líneas de un Concilio, ni las indicaciones que da el Derecho Canónico, de cómo hay que hacer un seminario; sino que se entra en todos los detalles menudos de la vida, para proteger a los sacerdotes y ayudarlos a vivir santamente, porque saben que el demonio está siempre al acecho. Pues bien, si ya en esos tiempos los obispos eran tan cuidadosos en asegurar la formación y protección de sus sacerdotes, por medio de Sínodos diocesanos que se repetían regularmente, ¿qué debemos hacer nosotros, a quienes nos toca vivir el desorden indescriptible de hoy? Ahora tratamos de protegernos en el seminario por una formación sólida, por los estudios, por la oración y la piedad, mediante retiros que tratan de daros programas de vida espiritual, a fin de que, cuando seáis nombrados a un puesto, tengáis las armas y los medios necesarios para protegeros y trabajar en el mundo de hoy, en las circunstancias actuales, sea donde sea, protegidos por la gracia de Dios, a fin de realizar realmente la obra del sacerdocio católico. No es tanto la obra de la Fraternidad como la de la Iglesia, ya que la Fraternidad no tiene otro fin que continuar el sacerdocio católico.

3º Necesidad del sacerdocio católico.

Cuando me fue necesario encontrar una casa para alojar a los nueve seminaristas que se habían presentado para formar el primer año, os aseguro que tenía la profunda convicción de que para salvar a la Iglesia, para continuar la Iglesia, era necesario formar sacerdotes, santos sacerdotes, verdaderos sacerdotes. No hay otro camino. ¿Queremos salvar las almas, salvar la sociedad cristiana, salvar las familias cristianas, salvar y extender lo que queda aún de cristiandad? La única solución es el sacerdote.

Por desgracia, obras amigas como la T. F. P., que también querían luchar por el mismo ideal de salvar a la Iglesia y a la sociedad, se equivocaron desde el principio, por partir de un falso principio. Se dijeron: «*Los seglares, y no los sacerdotes, son los que salvarán la Iglesia y la cristiandad*». Es un grave error. ¿Qué pue-

den hacer los seglares sin sacerdotes? ¿Quién les dará la gracia? ¿Quién les administrará los sacramentos? ¿Quién les predicará la fe que debe guiarlos? Pues toda la obra de restauración de la Iglesia y de la cristiandad es una obra de la fe. Le toca al sacerdote comunicar la fe a los seglares, le toca al sacerdote impartir esta luz, como dice la Santísima Virgen de La Salette. Por eso, ese grupo no partió bien.

Yo, por mi parte, estaba absolutamente persuadido de la necesidad del sacerdocio. ¿Cómo iba a realizarlo? Eso ya era otro asunto, no lo sabía, sino que la Providencia lo fue presentando día por día, mes por mes, año por año, hasta que por fin pudimos fundar la Fraternidad.

4º Qué significa guardar la Tradición.

Pero ¿qué quiere decir guardar la Tradición? Quiere decir guardar los estudios de la Tradición, la verdadera teología, la verdadera filosofía; y, por consiguiente, oponerse a las ideas que vienen del Concilio. Y sobre todo, para guardar la fe de siempre, la verdadera doctrina y teología, hay que guardar la Misa. Sin ella no podemos guardar nada. La Misa de siempre es el sólido fundamento y la roca de nuestra fe. Cambiar la Misa, cambiar el altar, es cambiar la fe. Y se ha cambiado el altar; ya no es el altar del Sacrificio, es la mesa de la Eucaristía y de la asamblea.

En estas condiciones, un día u otro tenía que haber un choque entre la Fraternidad y la corriente que venía de Roma. Y este choque no tardó, aunque hubo que esperar cinco años, al mes de mayo de 1975, cuando se nos mandó cerrar el seminario. Debo confesar que personalmente tenía una pequeña esperanza, de que algunos obispos en el mundo se levantarían para decir a Roma: «¡Basta, no podemos seguir en esta dirección, vamos todos a la ruina!». En el Concilio, doscientos cincuenta obispos se habían opuesto a la libertad religiosa, votando en contra del esquema en su cuarta presentación. Yo creí que, al volver a sus diócesis, seguirían luchando y oponiéndose a las consecuencias de los principios del Concilio, a su reforma destructora. Pero no fue así: guardaron silencio, un silencio terrible. Sólo uno de ellos, Monseñor de Castro Mayer, en la revista «*Catolicismo*», redactó magníficos artículos contra los textos del Concilio, contra las reformas subsiguientes, contra todo lo que se hacía en la Iglesia. Pero fue el único. Por otra parte, la mayoría de estos obispos presentó su dimisión, prefiriendo callarse y retirarse de sus diócesis, antes que ser responsables de la introducción de todas esas ideas falsas en sus diócesis. Pero eso no bastaba.

Ved, pues, al considerar las palabras de Nuestra Señora y lo que ha sido la historia de la Fraternidad, que dicha historia no ha dependido de mí, sino de los acontecimientos, de la voluntad de Dios, del deseo de guardar la Tradición; y así, la Fraternidad sigue adelante a pesar de los obstáculos.